

SEGOVIA

El Presidente ha usado disfraces, el de militar es uno de ellos. Ahora se puso la camiseta de la UNAM.

Las máscaras

RAFAEL SEGOVIA

Le hemos visto con algunos disfraces. De militar, uno de ellos, con una chamarra que le venía grande, junto a militares que iban de uniforme. Se puso una cachucha con cinco estrellas que le correspondían por ser jefe de las Fuerzas Armadas. Hasta ahora sólo López Portillo se puso un uniforme de general, dentro de un campo militar, no sabemos con cuántas estrellas. Ahora se ha puesto una camiseta que no le corresponde. Se ha disfrazado de universitario, lo que no es. Estudió en una universidad privada llamada Escuela Libre de Derecho, nada que ver con la UNAM.

Se trataba de un lugar para niños bien, conservador a más no poder, lejos de la chusma universitaria. Ha sido y es un refugio de los niños bien deseosos de ser abogados pero temerosos del pensamiento de izquierda. Con el tiempo se ha ido corriendo hacia la derecha, hacia un conservadurismo de mala ley, un pensamiento de bufete empresarial, panista y regresivo. Eso y un paso rápido por Harvard, donde Dios sabe lo que hizo, le bastaron para llegar a una secretaría de Estado y más allá aún.

Sus amigos y compinches también estudiaron en los mismos lugares casi todos. Se exceptúa al secretario de Gobernación y se le nota. Nada define a una persona como la manera de hablar. Es decir: "Vénganse, sean hombreros, tengan lo que hay que tener", sólo se aprende en algunas cantinas del centro. Puede ser que en la época que siguió a la lucha armada se haya encontrado a algún general o licenciado que se haya expresado de la misma manera, pero su carrera política terminó donde empezó.

Con todo, la universidad sigue teniendo un prestigio del cual carecen las escuelas privadas.

Ganar las elecciones no supone empezar a gobernar, no pasa de ser escuchado y poner los límites del partido gobernante que habrá de aceptar esos límites a veces un poco estrechos. De no ser aceptados se producen las crisis, o sea, la imposibilidad de gobernar. La Constitución mexicana no prevé una situación de este tipo, tampoco especula sobre la manera de escapar de la crisis. Todo se hizo, digamos, con buena fe y por la mente de los constituyentes no pasó una situación de confrontación, de

ausencia de mayoría, se supuso que ésta estaría ahí presente y se cambiaría cada seis años, cuando llegaría una nueva mayoría en todos los órdenes, en las Cámaras y en un nuevo gobierno que formaría el nuevo Presidente. No estamos en ésas.

Cuando la oposición, o sea el PRI y sus aliados, tenga que enfrentarse al Presidente y los suyos, que serán una minoría, no se podrá saber qué hará el Presidente. Puede recurrir al cinismo y seguir gobernando como si no hubiera habido crisis, como si su gobierno no hubiera encontrado ningún inconveniente en su camino y sería a la oposición a la que le correspondiera resolver la situación, puede dejar que la situación se pudra, es decir, que siga existiendo sin hacer ningún caso, puede hacerse todo lo que se les pase por la cabeza hasta que la crisis

haga crisis. Tendrían que buscar una solución, que no figura en ningún texto.

Las mujeres y hombres del PRI pueden ir preparándose para los imprevistos. No pueden ignorar lo que viene, van a tener que actuar como un partido por varias razones. Primero, porque se les va a exigir a menos de que se les ignore y se acomoden a todo cuanto venga y vivan una política de acuerdos parciales y no duraderos; segundo, porque tres años es un plazo brevísimo para prepararse para las próximas elecciones, que se sientan en la obligación a responder a una confianza del electorado, que los ha sorprendido; tercero, porque es la ocasión de acabar de una vez por todas con el PAN que está dando una prueba palmaria de su descomposición.

Su perdición segura, la del PRI, estaría en convertirse en un simple espectador de su enemigo -no de su rival- y se le permitiera a éste seguir con su política meneguante, sus luchas intestinas y sus dudas permanentes, como si el vencedor de las elecciones hubiera sido Felipe Calderón. Es llamativo el resultado final, ver cómo un partido que aseguró su permanencia que no duró más de nueve años en el poder, pues de inmediato fue considerado incapaz de gobernar por el conjunto de la población, sin que mediara una campaña electoral digna de tal nombre. No fue el aburrimiento el que votó en su contra sino una política conservadora llevada con un desprecio absoluto de sus promesas de campaña y de la población más pobre, podríamos decir miserable, del país.

